



## El enemigo exterior

Apuntes sobre nacionalismo político  
y fundamentalismo religioso

*Jorge Marsá*

Se ha escrito en multitud de ocasiones que los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos instauraban una nueva situación en el mundo. Se habló de ataque a la civilización Occidental o a los sistemas democráticos, de confrontación entre civilizaciones, de la transformación de la guerra... Hemos asistido a una inflación de calificativos para analizar un atentado terrorista; más brutal y execrable que la mayoría, pero un atentado terrorista.

El gobierno de los EE. UU. acometió con prontitud las represalias por los atentados y provocó una guerra en Afganistán, que ha causado más víctimas que las producidas el 11 de septiembre, y tan inocentes como éstas. La continuación de esta política nos sitúa ahora ante lo que denominan la crisis de Irak. Pero, como se preguntaba Timothy Garton Ash, “¿trata de Irak la crisis sobre Irak? No, trata de Estados Unidos”<sup>1</sup>.

Por lo tanto, para entender lo que está ocurriendo tenemos que analizar el comportamiento y las motivaciones de quien está provocando esta crisis: el gobierno de EE. UU. Obviamente, las fuentes del conflicto son diversas. Entre ellas destaca que Irak posea las segundas reservas de petróleo más importantes del mundo, tras Arabia Saudita. El acceso a esas reservas por parte de las grandes compañías petrolíferas estadounidenses, que constituyeron un apoyo fundamental para que el presidente Bush fuera elegido, les proporcionaría un significativo incremento de su volumen de nego-

*El enemigo exterior lo encarnan siempre los otros, en tanto que pueblo o en tanto que infieles*

1. *El País*, 21 de septiembre de 2002.

**Nada parece más lógico que ver la atracción del nacionalismo y la del socialismo como mutuamente excluyentes**

cio, a la par que facilitaría a los EE. UU. el control del precio del crudo y la disminución de la dependencia de un régimen como el saudí, en cuarentena desde los atentados de Al Queda<sup>2</sup>.

No obstante, la pretensión de este artículo no es abordar el conjunto de causas que subyacen en el conflicto, sino indagar exclusivamente en una de ellas: la reconstrucción del enemigo exterior que está acometiendo el gobierno estadounidense, y realizar un somero análisis de los fundamentos sobre los que se asienta este comportamiento.

### **Otros pueblos, otras religiones**

El enemigo exterior aparece como la justificación de la mayoría de los conflictos entre las sociedades humanas a lo largo de la historia. Hasta el punto de que “los estudiosos de la cultura más pesimistas se preguntan si las sociedades humanas pueden existir sin enemigos”<sup>3</sup>. Obviamente, la adjudicación de ese papel suele responder a criterios poco objetivos. Durante bastante tiempo, la encarnación del enemigo exterior tuvo un nombre: los *bárbaros*. Ahora bien, “es sintomático que en las historias de Europa lo que unos conocemos bajo el rótulo de la ‘invasión de los bárbaros’ sea para otros ‘la época de las grandes migraciones’”<sup>4</sup>.

El enemigo exterior lo encarnan siempre los otros, en tanto que pueblo o en tanto que infieles. Utilizando denominaciones más contemporáneas, podemos decir que el nacionalismo o el fundamentalismo religioso se encuentran en la base de la mayoría de los conflictos entre las comunidades humanas. O la conjunción de ambos fenómenos, porque “los vínculos entre la religión y la conciencia nacional pueden ser muy estrechos. De hecho, la relación parece hacerse más estrecha allí donde el nacionalismo se convierte en una fuerza de masas que en su fase de ideología minoritaria y movimiento de activistas”<sup>5</sup>.

El desconocimiento del pasado provoca en muchas personas extrañeza por el actual resurgir del fundamentalismo religioso, un comportamiento que, sin embargo, es característico de la historia de la humanidad. Parecida sorpresa debería causar el renacer del nacionalismo, a pesar de “que la concepción ‘tribal’ de la identidad siga prevaleciendo hoy en todo el mundo, y no sólo entre los fanáticos, es por desgracia la pura verdad. Pero hay muchas concepciones que han estado vigentes durante muchos siglos y que hoy ya no son aceptables”<sup>6</sup>. Y es que si el miedo a los otros forma parte de la historia de la humanidad, también el intento de superarlo conforma las alternativas emancipatorias que jalonan esa misma historia.

2. Un lúcido análisis de esta cuestión es el realizado por Manuel Castells en su artículo “¿Por qué Irak?”, *El País*, 2 de octubre de 2002.

3. Geer Hofstede, *Culturas y organizaciones*. Alianza Editorial, Madrid, 1999, p. 338.

4. Francisco Fernández Buey, *Ética y filosofía política*. Edicions Bellaterra, Barcelona, 2000, p. 128.

5. Eric J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Editorial Crítica, Barcelona, 1991, p. 76.

6. Amin Maalouf, *Identidades asesinas*. Alianza Editorial, Madrid, 1999, p. 47.

### **La oposición entre nacionalismo y socialismo**

El nacionalismo se configura como corriente política moderna en la segunda mitad del siglo XIX, a la par que lo hace el socialismo. “Los socialistas de la época, que raras veces usaban la palabra ‘nacionalismo’ sin añadirle la expresión ‘pequeñoburgués’ sabían de lo que hablaban [...] Fuese cual fuere la naturaleza del nacionalismo que empezó a destacar en los cincuenta años que precedieron a 1914, parece que todas sus versiones tenían algo en común: el rechazo de los nuevos movimientos socialistas proletarios, no sólo porque eran proletarios, sino también por ser consciente y militantemente *internacionalistas* o, como mínimo, no nacionalistas. Nada parece más lógico, pues, que ver la atracción del nacionalismo y la del socialismo como mutuamente excluyentes, y el avance de una de ellas como equivalente al retroceso de la otra”<sup>7</sup>.

Este enfrentamiento se prolongó, de forma más cruenta, en el siglo XX. Los nacionalismos totalitarios que surgen en la primera mitad del siglo –el nacional-socialismo en Alemania, el fascismo en Italia, el nacional-catolicismo en España, el salazarismo en Portugal, etc.– encontraron siempre el mismo enemigo exterior: el comunismo, la corriente que se oponía al nacionalismo y al sistema capitalista. Esta última oposición explica que los comunistas se convirtieran también en el enemigo exterior –e interior en no pocas ocasiones– de las democracias de mercado. Aunque esta oposición entre democracias liberales y democracias populares no puede comprenderse sin tener presente la deriva totalitaria de una ideología que nació como emancipadora.

La oposición entre nacionalismo y comunismo o entre capitalismo y comunismo caracterizó la política durante el siglo XX. Y contribuyó a incrementar la ‘producción de odio’, que, en el ámbito político, iniciaron los intelectuales europeos que ‘descubrieron’ sus naciones en el siglo anterior. “El imán del sentimiento político es el enemigo. Porque el enemigo existe el ciudadano se compromete, apuesta por la patria, por la ideología, por el proyecto. Del enemigo de clase al inmigrante, del sujeto étnico al colonizador, del burgués al comunista, del árabe al judío, el siglo XX ha construido permanentemente figuras del Otro frente a las que atraer la pasión política. El hundimiento del sistema comunista con el consiguiente revoloteo de campanas anunciando el triunfo definitivo del modelo liberal deja pendiente de identificación al enemigo. La pasión política se tomó vacaciones. La economía se adueñó de la escena pública. Y surgió el sujeto étnico y el sujeto fundamentalista”<sup>8</sup>.

***El nacionalismo, por definición, excluye a todos los que no pertenecen a su propia ‘nación’, es decir, a la inmensa mayoría de la raza humana***

7. Eric J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Editorial Crítica, Barcelona, 1991, pp. 127 y 132.

8. Josep Ramoneda, *Después de la pasión política*. Taurus, Madrid, 1999, p. 87.

*La vaguedad y la falta de contenido programático del nacionalismo le dan un apoyo potencialmente universal dentro de su propia comunidad*

La evolución de la sociedad se ha alejado considerablemente de las previsiones realizadas en tiempos pasados. “Los grandes utópicos europeos no eran patriotas locales. El nuevo orden social que idearon no pretendía favorecer a un determinado país, sino a todo el género humano. Fue el internacionalismo proletario el que mejor formuló este principio. Pero también esta promesa acabó cumpliéndose de forma irónica. No la llevaron a la práctica los proletarios, sino los capitalistas y técnicos de todos los países. La idea de la sociedad mundial no la implantaron la Primera Internacional ni la Segunda o la Tercera, sino el mercado mundial anónimo”<sup>9</sup>.

Y aunque parecía imprevisible, “la era de la globalización es también la del resurgimiento nacionalista, expresado tanto en el desafío a los estados-nación establecidos, como en la extensa (re)construcción de la identidad atendiendo a la nacionalidad, siempre afirmada contra lo ajeno”<sup>10</sup>. Sin embargo, esta situación no resulta paradójica para algunos de los que denuncian los fines de la globalización neoliberal, porque piensan que “la herramienta psicológica más útil jamás creada para estos fines es *la política de identidad* [...] El objetivo es potenciar la fragmentación, poner de relieve las diferencias con los demás y crear guetos [...] En lugar de preguntarse qué puede *hacer*, la gente deberá centrarse, sobre todo, en *quién es*”<sup>11</sup>.

### ***El nacionalismo como exclusión***

Opiniones como la anterior se sustentan también en el hecho de que “todas las matanzas que se han producido en los últimos años, así como la mayoría de los conflictos sangrientos, tienen que ver con complejos y antiquísimos ‘conflictos’ de identidad”<sup>12</sup>. El resurgir del nacionalismo induce el de los enemigos exteriores, porque el nacionalismo pierde buena parte de su sentido sin su existencia. Y los conservadores de la pureza identitaria tienen un amplio abanico donde elegir, puesto que “el nacionalismo, por definición, excluye de su esfera a todos los que no pertenecen a su propia ‘nación’, es decir, a la inmensa mayoría de la raza humana”<sup>13</sup>.

Florece de nuevo el sujeto étnico como protagonista de la política. Un sujeto que prolonga la dialéctica del amigo y el enemigo y nos retrotrae al pasado pre-democrático y pre-ilustrado, antes de que se proclamara la igual dignidad de todos los hombres como fundamento de los derechos humanos. “El sujeto étnico retoma los argumentos recurrentes del orgullo y la víctima. El orgullo de la pertenencia: no soy un ciudadano cualquiera porque pertenezco a un pueblo que no es un pueblo cualquiera. La idea de pueblo se res-

9. Hans Magnus Enzensberger, *Zigzag*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1999, p. 71.

10. Manuel Castells, *La era de la información. Vol. 2. El poder de la identidad*. Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 50.

11. Susan George, *El informe Lugano*. Icaria Editorial, Barcelona, 2001, pp. 114-116.

12. Amin Maalouf, *Identidades asesinas*. Alianza Editorial, Madrid, 1999, p. 46.

13. Eric J. Hobsbawm, *op.cit.*, p. 186.

tringe a aquellos que son de una misma sangre, de un mismo territorio, de una misma cultura, de una misma creencia. Volvemos a las unidades homogéneas en las que todo está previamente escrito y determinado. La víctima: la suerte de la etnia siempre se construye frente a los demás, frente al enemigo, frente al vecino. La etnia se destruye con la mezcla que asegura el mestizaje biológico y cultural, es decir, progreso. Cuando la etnia es el fundamento de la posición, la paranoia se desarrolla automáticamente. Las desgracias de la etnia se atribuyen siempre a todos aquellos que se acercaron, porque al acercarse introdujeron el factor de división que es la diferencia. Y precisamente el discurso de la diferencia es la equívoca respuesta de cierto progresismo a los furores étnicos”<sup>14</sup>.

Esa obsesión por la diferencia suele ir acompañada de la ‘invención’ de una comunidad primigenia de la que brota la identidad cultural que sustentaría la nación. Sin embargo, la historia y la realidad indican que el nacionalismo suele ser más una opción política que una manifestación ‘natural’. “La etnicidad, la religión, la lengua, el territorio, *per se*, no son suficientes para construir naciones e inducir el nacionalismo. Sí lo es la experiencia compartida: tanto los Estados Unidos como Japón son países con una fuerte identidad nacional y la mayoría de sus ciudadanos experimentan y expresan fuertes sentimientos patrióticos. No obstante, Japón es una de las naciones más homogéneas desde el punto de vista étnico de la tierra, mientras que los Estados Unidos es una de las más heterogéneas”<sup>15</sup>. Como se ve, esa experiencia compartida puede ser tan reciente como la de los estadounidenses.

Lo que sí parece claro es que en la lengua común del nacionalismo la primera palabra es *nosotros*, la segunda es *nuestro* y la tercera, desgraciadamente, *ellos*. Un idioma fácil de entender el que se basa en la defensa de *lo nuestro*. “El nacionalismo tiene una ventaja frente al fundamentalismo. Su misma vaguedad y su falta de contenido programático le dan un apoyo potencialmente universal dentro de su propia comunidad”<sup>16</sup>. Sin embargo, esa indeterminación no diluye su enorme poder para configurar el enemigo exterior contra el que se canaliza el odio de los nuestros. Y es que, como dice Amin Maalouf, “¿acaso no es la principal virtud del nacionalismo hallar para cada problema un culpable antes que una solución?”<sup>17</sup>.

### **El nacionalismo en el Tercer y el Segundo Mundo**

¿Es el nacionalismo una corriente política esencialmente reaccionaria? Existen nacionalistas que se consideran de izquierdas cuya respuesta a esta pregunta sería, obviamente, negativa. En la mayor

***La construcción del enemigo exterior típico del nacionalismo, el enemigo étnico, ha provocado consecuencias devastadoras en África***

14. Josep Ramoneda, *Después de la pasión política*. Taurus, Madrid, 1999, p. 145.

15. Manuel Castells, *La era de la información. Vol. 2. El poder de la identidad*. Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 52.

16. Eric J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Editorial Crítica, Barcelona, 1991, p. 180.

17. Amin Maalouf, *Identidades asesinas*. Alianza Editorial, Madrid, 1999, p. 98.

parte de las ocasiones, aluden al carácter nacional de muchos de los movimientos que lucharon contra el colonialismo o el neocolonialismo en los países del Tercer Mundo. Sin embargo, la realidad confirma más que niega la apreciación que plantea la pregunta.

La lucha por la descolonización en África dio lugar al nacimiento de movimientos políticos encaminados a la liberación nacional. Pero entendiendo el criterio nacional, curiosamente, tal y como se entendía en Europa, y aplicándolo a una realidad muy alejada de la europea. Los resultados no pueden ser más decepcionantes: “las condiciones heredadas por los primeros gobiernos independientes eran más favorables que las que éstos legaron a sus sucesores, y la degradación de la situación económica y social ha llegado a ser la constante con que se ha saldado hasta hoy la gestión de las élites dirigentes en el África poscolonial”<sup>18</sup>. También la construcción del enemigo exterior más típico del nacionalismo, el enemigo étnico, ha provocado consecuencias devastadoras en el continente: las víctimas de las continuas guerras y matanzas tribales durante las últimas décadas se miden en millones de personas.

En la primera oleada descolonizadora del continente africano, el caso más emblemático fue quizá el del Frente Nacional de Liberación de Argelia. La desastrosa situación actual de este país, provocada por la deriva antidemocrática de aquellos nacionalistas tras la llegada al poder, hace innecesaria una explicación más pormenorizada. En el más reciente flujo descolonizador, el movimiento nacionalista que más esperanzas suscitaba era el que lideraba Robert Mugabe en Zimbabue. Hoy la prensa nos acerca de vez en cuando sus delirios totalitarios y las tremendas consecuencias de su gobierno para la población de aquel país.

La situación en América Latina no resulta mucho más alentadora para los defensores del nacionalismo como corriente política liberadora. Las luchas emancipatorias en el continente tuvieron un componente mucho más internacionalista que nacionalista. Hasta el punto de que puede afirmarse que en Sudamérica el nacionalismo casi se identifica con el populismo de derechas. El caso más emblemático lo constituye el peronismo, un nacionalismo populista que durante décadas ha contribuido a desangrar un país que era notablemente más rico que el nuestro cuando Juan Domingo Perón accedió al poder. Pese al Fondo Monetario Internacional, las responsabilidades por la crisis se encuentran básicamente en el interior de la sociedad argentina.

El latrocinio de las clases gobernantes de África y Sudamérica se

*El peligro que  
suscita la  
espiral de  
reclamaciones  
nacionalistas  
contra los  
vecinos alcanzó  
el paroxismo en  
la desintegración de  
Yugoslavia*

18. José María Ridaio, *Contra la Historia*. Seix Barral, Barcelona, 2000, p. 204.

ha repetido en la transición de los países del Este europeo. “La revuelta nacionalista contra la Unión Soviética fue particularmente significativa porque era uno de los pocos estados modernos construido de forma explícita como un estado plurinacional [...] Esta construcción institucional no era una simple ficción”<sup>19</sup>. El carácter conservador de la explosión nacionalista en el Este europeo resulta innegable. El peligro que suscita la espiral de reclamaciones nacionalistas contra los vecinos alcanzó el paroxismo en la desintegración de Yugoslavia. Ha resultado sorprendente cómo una sociedad que ha convivido durante décadas puede convertirse en un infierno caracterizado por el genocidio provocado por los nacionalismos enfrentados, cada uno de los cuales tuvo un éxito notable en la conversión del otro en el enemigo exterior.

### ***El nacionalismo en Europa***

En Europa, el nacionalismo tiene nombres propios. Los más radicales: Le Pen, Haider, Bossi...; los moderados: Aznar, Berlusconi... Considerar progresistas a los católicos norirlandeses, a los independentistas corsos, a los nacionalistas escoceses o a quienes lideran los enfrentamientos entre la población francófona y la valona de Bélgica parecería un despropósito. Todo el nacionalismo europeo tiene un enemigo común, que viene del exterior pero que se encuentra también dentro: los inmigrantes. Y una justificación también compartida: la defensa de la identidad cultural.

“Los vínculos entre el racismo y el nacionalismo son obvios”<sup>20</sup>. Pero escasamente presentables en las sociedades actuales. Así que el racismo europeo ha devenido en fundamentalismo cultural. Éste ha sido el camino descubierto por los nacionalistas para hacer digerible a sectores más amplios de la sociedad su racismo tradicional. Y a ese trayecto se han sumado también los nacionalistas más moderados, contribuyendo a que “la xenofobia, que fácilmente da paso al racismo, sea un fenómeno más general en Europa hoy incluso que en tiempos del fascismo”<sup>21</sup>.

Otra característica generalizada del nacionalismo europeo, radical o moderado, es su oposición a la profundización del proceso de construcción europea. Intentan mantener sociedades más homogéneas que no se diluyan en un espacio político, social y cultural más amplio. Mientras Le Pen, Haider o Bossi se oponen frontalmente a la construcción europea, Aznar o Berlusconi lideran el intento de descafeinarla entre los conservadores europeos. Como siempre, vuelven a confrontarse en el escenario político las actitudes más progresistas, que piensan que más Europa significa poner el acento

***En Europa, el nacionalismo tiene nombres propios. Los más radicales: Le Pen, Haider, Bossi...; los más moderados: Aznar, Berlusconi...***

19. Manuel Castells, *La era de la información. Vol. 2. El poder de la identidad*. Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 56.

20. Eric J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Editorial Crítica, Barcelona, 1991, p. 118.

21. Eric J. Hobsbawm, *op. cit.*, p. 180.

*No es casual que el nacionalismo separatista surgiera en las dos comunidades donde la influencia del tradicionalismo carlista tuvo mayor importancia*

en lo que nos une, con las más reaccionarias, que prefieren remarcar las identidades culturales que nos separan.

Cierto que la construcción europea muestra déficits democráticos muy importantes, y que los espacios político y social no han avanzado a la par que el económico. Pero, pese a ello, resulta difícilmente comprensible la oposición de algunos sectores de la izquierda europea. “La oposición que muchos sostienen hacia la integración europea es retrógrada, pues la integración inevitablemente redistribuirá algunas porciones de los ingresos nacionales desde los productores nacionales más ricos hacia productores más *pobres* de otras partes de Europa. La oposición a la integración es éticamente defendible sólo desde un punto de vista chauvinista, que valora las vidas de los compatriotas más que la vida de los seres humanos. La filosofía comunitarista ha intentado justificar esta clase de chauvinismo. Sin duda, la izquierda debiera rechazar esa visión de las cosas [...] Esto me lleva a lo que creo que ha sido moralmente equivalente al talón de Aquiles en la posición de amplios sectores de la izquierda europea y estadounidense: su chauvinismo nacionalista. La desigualdad de ingresos promedio entre las naciones es mucho más grave en sus efectos sobre la autorrealización humana que la desigualdad entre el ingreso promedio y el ingreso más alto en un país avanzado”<sup>22</sup>.

### *La excepción española*

Si en la mayoría de los países europeos el nacionalismo político era heredero de la tradición romántico-naturalista, en España sus orígenes son anteriores y se apoyan en el legado nacional-católico. No resulta casual, por lo tanto, que el nacionalismo separatista surgiera en las dos comunidades donde la influencia del tradicionalismo carlista tuvo mayor importancia. Y tampoco que el nacionalismo español haya sido caracterizado como nacional-catolicismo hasta tiempos muy recientes. En la actualidad, los vínculos entre esos nacionalismos –vasco, catalán y español– y la iglesia católica continúan siendo muy significativos.

El nacionalismo político surge primero en Cataluña. A mediados del siglo XIX, la burguesía no muestra ningún interés por las tradiciones locales, y suele considerar el catalán como el lenguaje de los campesinos o de los sirvientes. Sin embargo, “en 1855 Cataluña vive su primera huelga general. Los trabajadores exigen el derecho de asociación y la jornada laboral de diez horas. Entonces, los empresarios catalanes ven que el medio rural, lleno de gente del campo sin asociación ninguna, sin las exigencias laborales de los

22. John E. Roemer, “Estrategias igualitarias”, en *Razones para el socialismo*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2001, pp. 104 y 105.

obreros de la ciudad, es mucho más tranquilo. De pronto, el paisaje bucólico de las cancioncillas líricas se transforma en algo más sustancioso [...] En 1859 se restauran los Juegos Florales con un tema muy expresivo: 'Patria, Fe, Amor' [...] Se observó asimismo un hecho que hubiera sido imposible hacía pocos años: se había podido hablar en catalán sin la rechifla de la audiencia [...] Así pues, desde 1855, y en diez años, se había recuperado un pueblo que unánimemente hablaba catalán, volvía a sus tradiciones y compraba las obras del padre Claret para ir al cielo. Un cambio sorprendente"<sup>23</sup>.

También en el País Vasco la defensa de las tradiciones y de la lengua se esgrimieron para remarcar las diferencias entre los trabajadores industriales, inmigrantes de las regiones más pobres del país, y la burguesía y las clases medias. Con la diferencia de que el euskera era una lengua muy minoritaria, que tan sólo se hablaba en las zonas agrícolas más atrasadas. En realidad, se afrontó la invención de una lengua, tarea que fue acometida básicamente por la Iglesia católica y que no se culminó hasta los años sesenta del siglo XX. El carácter xenófobo y reaccionario del nacionalismo vasco es más evidente aún. Todavía hoy son frecuentes las afirmaciones inequívocamente racistas entre los nacionalistas vascos.

El nacionalismo en España "se proyecta, idealmente, hacia la restauración de las comunidades 'naturales' y, por lo mismo, hacia su diferenciación frente a las vecinas. Más que una tendencia hacia la diversidad se prepara la homogeneización del nuevo cuerpo nacional, pues lo contradictorio de su discurso es que entiende la diferencia como algo que empieza en la frontera (territorial, lingüística, cultural) de su nación pero difícil de tolerar dentro de ella"<sup>24</sup>. De la defensa de la 'identidad cultural' se deduce el enemigo exterior: los inmigrantes. Pero con la salvedad de que se considera inmigrantes también a quienes se califica con desprecio de españoles. Con el nacionalismo español actual ocurre algo parecido: a las diatribas contra los inmigrantes, tan frecuentes en los últimos años –desde que hay inmigrantes–, se le suma otro enemigo: aquellos que pretenden separarse de la patria común, esa España que más parece leerse como una prisión que como el producto de un contrato social.

Si como decía John Roemer, el talón de aquiles de algunos sectores de la izquierda occidental es su chauvinismo nacionalista, en España ese comportamiento se exagera, hasta el punto de que no resulta descabellado hablar de 'la excepción española', porque la

*De la defensa de la 'identidad cultural' se deduce el enemigo exterior: los inmigrantes*

23. Juan Ramón Lodares, *Lengua y Patria*. Taurus, Madrid, 2002, pp. 105-107.

24. *Ibid.*

España de las diferencias y el enemigo exterior que encarnan los inmigrantes –españoles o de fuera– ha sido reivindicada por muchas gentes progresistas en otros terrenos. Esta posición se legitimó como reacción al autoritarismo de la dictadura franquista, que, en una mala traducción de las posiciones de los nazis, defendió la uniformidad cultural frente a la tradición del pensamiento reaccionario español que promovía el mantenimiento de herencias culturales diferenciadas, que contribuyeran a frenar la introducción de las ideas ilustradas, primero, y del internacionalismo proletario, después. Así pues, nos encontramos con la paradoja de que la defensa de ideas absolutamente reaccionarias, que en otros países europeos son patrimonio de la extrema derecha, son reivindicadas en España por gentes que se consideran de izquierda.

*En España, ante la dicotomía izquierda o derecha, los nacionalistas de izquierda escogen la soberanía, que siempre les lleva a la alianza con la derecha nacionalista*

Bien es cierto que la paradoja suele resolverse cuando la actuación en el ámbito político obliga a definirse. En España, ante la dicotomía izquierda o derecha, los nacionalistas de izquierda escogen la soberanía, que siempre les lleva a la alianza con la derecha nacionalista. En el País Vasco, los objetivos de Batasuna pasan invariablemente por el pacto con la derecha reaccionaria que encarnan el PNV y EA. En Cataluña, el largo reinado de Pujol ha sido posible gracias a los votos de Esquerra Republicana, que le permitieron acceder al poder en la primera legislatura autonómica (el actual pacto de Esquerra con la izquierda parece provisional, y motivado por haber sido excluidos por las repetidas mayorías absolutas de CiU o su actual alianza con el PP). En Aragón, los sectores radicales del nacionalismo también confluyeron en su momento con el nacionalismo más carca. En Canarias, la izquierda nacionalista se encuadra en CC (u orbita a su alrededor), donde la alianza con los caciques de la derecha de cada Isla constituye el pacto fundacional. Incluso cuando se produce alguna experiencia fuera de este partido, como sucedió en el Ayuntamiento de Tinajo en Lanzarote, los radicales terminaron forzando una moción de censura que les llevó al habitual pacto con la derecha nacionalista, con CC. En el resto de las comunidades del país, los nacionalistas de izquierda pueden mantener la virginidad porque la derecha está representada exclusivamente por el Partido Popular. Y ante la inexistencia de alternativas de derecha nacionalista, se puede mantener la ficción de que la preocupación por la identidad cultural podría estar atravesada por las ideas de la izquierda.

La lucha por la diferenciación cultural y el intento de construir *pueblos* en oposición a la ciudadanía ‘realmente existente’ ha conduci-

do a que los inmigrantes –y en la *periferia* los otros españoles– encarnen el enemigo exterior. Y a que en España se haya extendido de forma preocupante la xenofobia. En Canarias, el fenómeno está alcanzando tales dimensiones que la Coalición Española en Contra del Racismo realizó un seminario internacional en Gran Canaria, en el mes de noviembre pasado, “al considerar que el Archipiélago es una de las comunidades autónomas españolas más racistas”<sup>25</sup>. Y Lanzarote es la isla del Archipiélago donde más se ha extendido la xenofobia.

### ***El fundamentalismo islámico, la red Al Qaeda y Sadam Husein***

El fundamentalismo, uno de los grandes inspiradores de las sociedades humanas a la hora de construir su enemigo exterior, nació con la religión, pero se extendió a otros ámbitos doctrinales. “En última instancia se podría decir que es fundamentalista toda doctrina que afirma que el conflicto no es constitutivo de la sociedad humana, sino un episodio pasajero y que al final del camino el bien triunfa sobre el mal [...] Cuando uno tiene la verdad en las manos, todo lo que no sea imponerla a los que no son capaces de verla es una lamentable manera de retrasar el final feliz. Sobre este empeño se construye en buena parte la pasión política contemporánea”<sup>26</sup>.

No obstante, la primacía de la actualidad y el olvido de la historia han logrado que en las sociedades occidentales parezca no existir hoy otro fundamentalismo que el de los integristas musulmanes. Éste es el que ocupa y preocupa tanto a analistas políticos como a una buena cantidad de ciudadanos de estas sociedades. Sin embargo, en países como el nuestro, donde el fundamentalismo religioso ha perdurado hasta hace bien poco, no debería resultar tan sorprendente el resurgir del fundamentalismo islámico.

Suele convenirse en la palabra *resurgir* porque se considera un fenómeno atávico que renace, en oposición a las sociedades más laicas que imperan en los países desarrollados. Esta opinión refleja una parte de la realidad. Hay quien discrepa: “El fundamentalismo islámico no es un movimiento tradicionalista. A pesar de todos los esfuerzos de exégesis para arraigar la identidad islámica en la historia y los textos sagrados, los islamistas, por motivo de la resistencia social y la sublevación política, prosiguieron con una reconstrucción de la identidad cultural que, de hecho, es hipermoderna [...] La explosión de los movimientos islámicos parece relacionarse, tanto con la crisis de las sociedades tradicionales (incluido el debilitamiento del poder del clero tradicional) como con el fracaso del estado-nación, creado por los movimientos nacionalistas, para

***Cuando uno tiene la verdad en las manos, todo lo que no sea imponerla a los que no son capaces de verla es una lamentable manera de retrasar el final feliz***

25. *Canarias7*, 5 de septiembre de 2002.

26. Josep Ramoneda, *Después de la pasión política*. Taurus, Madrid, 1999, p. 178.

*El fracaso de EE. UU. con Bin Laden y su necesidad de mantener la tensión bélica han provocado el retorno de Husein como el gran peligro*

lograr la modernización, desarrollar la economía y distribuir los beneficios del crecimiento económico entre la población en general. Así pues, la identidad islámica es (re)construida por los islamistas en oposición al capitalismo, al socialismo y al nacionalismo, árabe o cualquier otro, que considera ideologías fracasadas del orden postcolonial<sup>27</sup>.

Al fundamentalismo islámico se le puso un rostro el pasado año: la red Al Qaeda y su líder Osama Bin Laden. Y ese rostro del enemigo exterior revela la complicidad en el interior. Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos elige a Arabia Saudita como el aliado privilegiado en Oriente Medio. A partir de entonces, el fundamentalismo religioso islámico se convierte en un componente decisivo de la estrategia geopolítica norteamericana en su lucha contra el comunismo. “La convergencia de esta estrategia con los determinantes esenciales de la ideología de Osama Bin Laden –integrismo islámico y anticomunismo radical– explican su coincidencia objetiva con la política de EE. UU., que se traducirá en la frecuente participación de ambos en numerosas acciones concretas durante las dos últimas décadas. Esta consideración, más relevante que la incorporación de la familia Bin Laden, primero al Grupo Carlyle y ahora al Fremont, ambos bajo la influencia del clan Bush, es lo que hace de Osama no un agente de la CIA, como con frecuencia se pretende, sino un aliado permanente, aunque con espacios de autonomía que llegan en ocasiones a contradecir frontalmente la línea principal<sup>28</sup>.”

Esta confluencia tuvo uno de sus escenarios más importantes en Afganistán, donde Bin Laden se incorporó a la *guerra santa* contra la Unión Soviética que impulsaba EE. UU. Unos 40.000 integristas islámicos de más de 40 países se sumaron a las fuerzas de los *muyahidin*, y constituyeron el sustrato sobre el que Bin Laden, de acuerdo con la CIA, creo la red Al Qaeda y la extendió por 29 países. El abandono de las tropas soviéticas hizo necesaria una solución que pusiera fin a la inestabilidad política que continuaba imperando en Afganistán. “Esta solución se llama talibanes, que son una auténtica creación de Pakistán, de su servicio secreto y de la CIA, [...] y la casi totalidad de los recursos financieros son obra de Arabia Saudí y de otros países del Golfo. Estados Unidos toma abiertamente posición a favor de la nueva opción, y Bin Laden se pasa a los talibanes, ofreciendo al mulá Omar tres millones de dólares y una de sus hijas como esposa. Pero la campaña contra la Alianza Norte se estanca. Ésta vuelve a recuperar posiciones y

27. Manuel Castells, *La era de la información. Vol. 2. El poder de la identidad*. Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 36 y 387.

28. José Vidal-Beneyto, “Los porqués del 11-S”, *El País*, 26 de octubre de 2002.

Estados Unidos, que se impacienta, quiere imponer un gobierno de concentración nacional [...] Pero esto impedirá la creación de un Estado fundamentalista, por lo que Omar y Bin Laden se oponen, mientras los norteamericanos amenazan con una guerra inmediata cuyo plan queda ultimado a principios de septiembre. El ataque a las Torres Gemelas, y al Pentágono, su porqué, es la reacción de Bin Laden para perturbar ese plan al sentirse traicionado. Ahora bien, la asociación Bin Laden-EE. UU. no se había limitado a Afganistán, sino que había tenido también como escenarios Bosnia, Kosovo, Macedonia, Albania y Chechenia”<sup>29</sup>.

El fracaso del gobierno estadounidense en su propósito de apresar a Bin Laden y su necesidad de mantener la tensión bélica han provocado el retorno de Sadam Husein como el gran peligro. Otro viejo aliado que se transforma en enemigo. Los actuales dirigentes norteamericanos “apoyaron firmemente a ‘la bestia de Bagdad’ cuando usó armas químicas contra Irán en los años de Reagan, y cuando usó gas contra ‘su propio pueblo’: los kurdos. Los actuales planificadores de Washington continuaron apoyando a la *bestia* después de que cometiera sus peores crímenes, proporcionándole incluso medios para desarrollar armas de destrucción masiva, nucleares y biológicas, justo hasta la invasión de Kuwait”<sup>30</sup>.

### **Estados Unidos: nacionalismo y fundamentalismo**

Los Estados Unidos constituyen un ejemplo del frecuente maridaje entre nacionalismo y fundamentalismo religioso. “La descripción que Tocqueville hace de Estados Unidos en 1831, una nación dividida entre regionalismo y movilidad, materialismo y religiosidad, privatización y nacionalismo arrogante, siempre está de actualidad”<sup>31</sup>. “El fundamentalismo cristiano es un rasgo perenne en la historia estadounidense. Una sociedad constantemente en la frontera del cambio social y la movilidad individual está abocada a dudar de forma periódica de los beneficios de la modernidad y la secularización, anhelando la seguridad de los valores e instituciones tradicionales basados en la verdad eterna de Dios. En efecto, el mismo término de ‘fundamentalismo’ se originó en los Estados Unidos, en referencia a una serie de diez volúmenes titulados *The Fundamentals*, publicados entre 1910 y 1915, para reunir los textos sagrados editados por los teólogos evangélicos conservadores a finales de siglo. Aunque la influencia fundamentalista ha variado en diferentes periodos históricos, nunca se ha eclipsado. Y en las décadas de los ochenta y los noventa, sin duda experimentó un vertiginoso aumento. Las ideas y la visión del mundo de los funda-

**El mismo término ‘fundamentalismo’ se originó en los Estados Unidos**

29. José Vidal-Beneyto, “Los porqués del 11-S”, *El País*, 26 de octubre de 2002.

30. Noam Chomsky, “EE. UU. contra Irak: una humilde propuesta”, *El País*, 9 de noviembre de 2002.

31. Norman Birnbaum, “Las raíces del nacionalismo norteamericano”, *Le Monde Diplomatique*, nº 84, octubre de 2002.

**La principal  
amenaza hoy  
para la sociedad  
mundial  
proviene de la  
conjunción de  
nacionalismo  
agresivo y fun-  
damentalismo  
religioso  
del gobierno  
de EE UU**

mentalistas parecen encontrar un eco considerable en los Estados Unidos del *fin-de-siècle*. Por ejemplo, según una encuesta de Gallup, uno de cada tres adultos declaraba que había tenido una experiencia de conversión religiosa; casi la mitad de ellos creían que la Biblia era infalible; y más del 80% pensaba que Jesucristo era divino. Sin duda, los Estados Unidos siempre han sido, y siguen siendo, una sociedad muy religiosa, mucho más, por ejemplo, que Europa Occidental o Japón. Pero este sentimiento religioso parece tomar un tono cada vez más restaurador, deslizándose hacia una poderosa corriente fundamentalista<sup>32</sup>.

Tanto el fundamentalismo cristiano como el nacionalismo agresivo se han agudizado hasta unos niveles preocupantes para el futuro de EE. UU. y del resto del mundo con la llegada al poder de George W. Bush, cabeza visible de esa corriente de los republicanos que bebe en las fuentes del *macartismo* de los años cincuenta. “El régimen actual se apoya en los protestantes fundamentalistas, esos fanáticos convencidos de que Estados Unidos tiene un papel central en la lucha bíblica del bien contra el mal y que se apoyan en la certeza de que este país debe dirigir el mundo”<sup>33</sup>. Hablan de la nación como de la iglesia escogida por Dios, y esa visión se ha plasmado en un documento muy esclarecedor: *La nueva estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos*.

La *nueva estrategia* encuentra raíces en lo que aquí denominarían la identidad cultural del país, cuya figura emblemática continúa siendo, al parecer, el vaquero: “En Estados Unidos existe la creencia de que los conflictos deben resolverse con una buena pelea: ‘Que gane el mejor’<sup>34</sup>. Esa prepotencia y arrogancia impregnan el documento citado, en el que el Gobierno de los Estados Unidos se atribuye el derecho a lanzar ataques preventivos contra otras naciones y a actuar aún más al margen de las organizaciones internacionales, cuando así lo aconsejen sus propios intereses, y afirma que no volverá a permitir que otro Estado se le acerque en potencia militar. La prepotencia no se limita a la seguridad nacional, sino que se asevera que se trabajará por imponer su modelo de capitalismo al resto del planeta. Y todo esto en un documento del que el propio Bush reconocía que se habían suprimido “los pasajes demasado arrogantes”<sup>35</sup>.

No es necesario situarse en posiciones radicales para denunciar los peligros que acarrea la nueva política norteamericana. Al Gore afirmaba que “la estrategia nacional emergente no sólo celebra la fuerza norteamericana, sino que glorifica además la idea de domina-

32. Manuel Castells, *La era de la información. Vol. 2. El poder de la identidad*. Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 44.

33. Norman Birnbaum, *op. cit.*

34. Geer Hofstede, *Culturas y organizaciones*. Alianza Editorial, Madrid, Madrid, 1999, p. 164.

35. *El País*, 21 de septiembre de 2002.

ción”. Y concluía que “el planteamiento del actual presidente prometía una cadena de guerras”<sup>36</sup>. Por lo tanto, no podría tacharse de simple ‘antiamericanismo’ sostener que la principal amenaza hoy para la sociedad mundial proviene de la conjunción de nacionalismo agresivo y fundamentalismo religioso e ideológico del gobierno estadounidense, que rige una nación cuya historia reciente no invita al optimismo: las intervenciones militares norteamericanas desde 1890 al año 2001 suman 134 en 53 lugares distintos<sup>37</sup>. Un record inigualado.

Aunque se agudiza con la llegada al poder de Bush, resulta obligado insistir una vez más en “la oposición de EE. UU. a todas las iniciativas de la ONU tendentes a crear un marco jurídico-institucional mundial”<sup>38</sup>. La negativa a asumir el Protocolo de Kioto y la nueva Corte Penal Internacional constituyen los más llamativos ejemplos recientes. Pero otros dos comportamientos cobran ahora una especial relevancia: la denuncia del tratado que limitaba la carrera armamentística nuclear y la negativa a suscribir la Convención de Armas Biológicas. Justo en el momento en que afirman que la paz mundial corre peligro por la posibilidad de que Irak pudiera disponer de armas de destrucción masiva, nucleares o bacteriológicas. Ese mismo doble rasero es el que se utiliza para denunciar el incumplimiento de las resoluciones de Naciones Unidas por parte de Irak, mientras se apoya incondicionalmente al Estado que más infringe esas resoluciones: Israel.

El desprecio por la legalidad internacional ha constituido la característica de un nacionalismo que usualmente ha buscado los enemigos en el exterior, puesto que allí los inmigrantes no han podido desempeñar el mismo papel que cumplen hoy en Europa. No obstante, como estamos viendo en Canarias, el hecho de que prácticamente todos los miembros de la sociedad encuentren sus raíces en la inmigración no evita que los recién llegados puedan encarnar al adversario. En EE. UU. constatamos “la existencia de una corriente nacionalista americana que ya en la década de 1850 había alimentado reacciones xenófobas. Los nacionalistas manifestaban abiertamente su preferencia por los inmigrantes de origen británico y de religión protestante, lo que indujo a diversas comunidades extranjeras a aislarse como defensa contra la discriminación [...] Paradójicamente, la misma sociedad que garantizó a finales del siglo XVIII la libertad de conciencia, los principios democráticos y la tolerancia, al rechazar la *asimilación estructural* de los inmigrantes puso las bases para el fracaso del *melting-pot* y el definiti-

***Se reconstruye el enemigo exterior para justificar los enormes gastos militares, las políticas internacionales agresivas y modelar la opinión pública***

36. *El País*, 25 de septiembre de 2002

37. Johan Galtung, *Searching for Peace*. Photo Press, London, 2002.

38. El listado ofrecido por José Vidal-Beneyto en su artículo “Antiamericanismo” es, aunque incompleto, ciertamente amplio. *El País*, 12 de octubre de 2002.

*Evitar que la  
insolidaridad  
nacionalista y la  
irracionalidad  
de los funda-  
mentalismos  
religiosos  
impongan un  
mundo en lucha  
permanente  
contra cada  
enemigo  
exterior*

vo enterramiento del concepto de ‘crisol de razas’<sup>39</sup>. Pese a todo, los inmigrantes no podían constituir el gran enemigo exterior. Este papel lo cumplió el comunismo durante casi todo el siglo XX, pero la caída de la Unión Soviética había dejado libre ese espacio.

La reconstrucción de ese enemigo exterior venía haciéndose urgente para justificar los enormes gastos militares, las políticas internacionales agresivas y para contribuir a modelar la opinión pública de aquel país, que, aunque poco, vota para elegir a sus dirigentes. Por lo tanto, pese a que los motivos de la guerra prevista contra Irak son variados, no podemos olvidar la función de control interior de la población que cumple el enemigo exterior. Conviene recordar que, en los años cincuenta, cuatro de cada cinco norteamericanos apoyaron las paranoias anticomunistas del senador McCarthy destinadas a la represión de la contestación interna. De la misma manera, los atentados del 11 de septiembre, la guerra en Afganistán y la anunciada contra Irak sustentan la popularidad de quien ganó la presidencia tras perder las elecciones. Ese ambiente bélico, la excitación del patriotismo típica del nacionalismo y su conjunción con el fundamentalismo cristiano, ha contribuido decisivamente al reciente triunfo electoral de los republicanos en las elecciones legislativas. Y sólo ese caldo de cultivo puede garantizar la reelección de Bush y, en consecuencia, la permanencia en el poder de los sectores más reaccionarios de la política y la economía estadounidenses. Desgraciadamente, ese mismo ambiente y las doctrinas que lo alimentan constituyen hoy la principal amenaza para la convivencia en este planeta.

Por ello, y como siempre, vuelve a ser tarea prioritaria recuperar y ahondar en los valores universales que caracterizaron a la Ilustración y al movimiento emancipatorio que iniciaron los obreros industriales de Occidente, y alimentar la conciencia de especie que emana del pensamiento ecologista, para evitar que la insolidaridad nacionalista y la irracionalidad de los fundamentalismos religiosos logren imponer un mundo en lucha permanente contra cada enemigo exterior. En lucha permanente para imponer los valores o los dioses de unos frente a los de los otros.

39. Luis Seguí, *España ante el desafío multicultural*. Siglo XXI, Madrid, 2002, pp. 12 y 17.